

"¿Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!"

Papa Francisco 16 de marzo 2013

Mg. Hans Schuster R.

Centro de Pensamiento Rafael García Herreros



Tomado de: https://www.religiondigital.org/2025/02/23/5w/saber-do-ce-anos-pontificado_2755234450_17577293_660x371.png

Introducción

El Papa Francisco, desde el inicio de su pontificado en 2013, ha promovido una serie de reformas en la Iglesia Católica, especialmente dirigidas a la Curia Romana.

Sus mensajes anuales de Navidad a los miembros de la Curia, entre 2014 y 2016, destacan por su franqueza y su llamado a la renovación espiritual y estructural. Estos discursos no solo han sido una crítica a los vicios y corruptelas dentro del Vaticano, sino también un plan de acción para una Iglesia más transparente, misionera y cercana a los fieles.

Analizaremos los tres discursos navideños del Papa Francisco a la Curia (2014, 2015 y 2016), examinando sus principales críticas, propuestas de reforma y el impacto que han tenido en la estructura vaticana.

Contexto Histórico: La Necesidad de Reforma en la Curia Romana

Antes de abordar los mensajes del Papa, es importante entender el contexto en el que surgen estas reformas. La Curia Romana, el órgano administrativo central de la Iglesia, ha sido históricamente criticada por burocracia, luchas de poder y casos de corrupción.

El Papa Francisco, elegido en un cónclave marcado por la exigencia de cambio, asumió la tarea de "reformular la Curia en un espíritu de servicio evangelizador". Sus mensajes de Navidad reflejan esta misión.

Discurso de Navidad 2014: Las "15 Enfermedades de la Curia"¹

En su primer discurso (22 de diciembre de 2014), el Papa Francisco enumeró "15 enfermedades espirituales" que afectaban a la Curia, comparándolas con males que requieren diagnóstico y cura.

¹Discurso https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/december/documents/papa-francesco_20141222_dipendenti-santa-sede-scv.html

Enfermedades Principales:

1. El mal de sentirse «inmortal», «inmune», e incluso «indispensable», llevando al descuido de los controles necesarios y básicos. Una Curia que no practica la autocrítica, que no se renueva ni busca mejorar, es como un organismo enfermo. Un simple recorrido por los cementerios nos mostraría los nombres de muchas personas que quizás alguna vez creyeron ser eternas, intocables e indispensables. Es el mismo error del rico necio del Evangelio, que pensaba que viviría para siempre (cf. Lc 12,13-21), y también de aquellos que actúan como dueños, sintiéndose superiores a los demás en lugar de estar al servicio de todos. Este mal suele surgir de la obsesión por el poder, del «complejo de elegidos» y del narcisismo, que lleva a idolatrar la propia imagen mientras se ignora la huella de Dios en el rostro de los demás, particularmente en los más débiles y desfavorecidos. El remedio contra este mal es aceptar con humildad nuestra condición de pecadores y decir con sinceridad: «Somos siervos inútiles; solo hemos cumplido con nuestro deber» (Lc 17,10).

2. Otro: El "martalismo" (derivado de Marta) es el mal de la excesiva actividad, es decir, de quienes se sumergen tanto en el trabajo que descuidan inevitablemente "la parte mejor": permanecer a los pies de Jesús (cf. Lc 10,38-42). Por esta razón, Jesús invitó a sus discípulos a "descansar un poco" (Mc 6,31), ya que ignorar el descanso necesario lleva al estrés y la inquietud. Un tiempo de reposo, para quien ha cumplido su misión, es esencial y debe tomarse con seriedad: dedicar momentos a la familia y valorar las vacaciones como un espacio para renovarse física y espiritualmente. Como enseña el Eclesiastés: "Todo tiene su tiempo, y cada cosa su momento" (3,1).

3. También existe el mal de la «petrificación» mental y espiritual, que afecta a aquellos con un corazón insensible y actitud obstinada (Hch 7,51). Son quienes, en su camino, van perdiendo la paz interior, el entusiasmo y el valor, refugiándose en trámites burocráticos hasta convertirse en meros «administradores de documentos», en lugar de ser verdaderos «hombres de Dios» (cf. Hb 3,12). Es grave perder la capacidad de conmoverse, de compartir el dolor ajeno y de celebrar con los que están alegres. Esta es la enfermedad de aquellos que dejan de tener «la misma actitud de Cristo Jesús» (Flp 2,5), porque su corazón se va endureciendo con el tiempo y pierde la capacidad de amar sin condiciones al Padre y al prójimo (cf. Mt 22,34-40).

En el fondo, ser cristiano implica adoptar «los sentimientos de Cristo» (Flp 2,5): humildad, entrega, desapego y generosidad.

4. El mal de la planificación excesiva y el funcionalismo. Cuando el apóstol organiza cada detalle meticulosamente y piensa que un plan perfecto garantiza el éxito, termina actuando como un administrador o contable. Si bien es importante prepararse adecuadamente, no hay que caer en la tentación de intentar controlar o limitar la libertad del Espíritu Santo, que siempre supera en grandeza y generosidad cualquier esquema humano (cf. Jn 3,8). Este error surge porque resulta más sencillo y cómodo mantenerse en posiciones rígidas e inalterables. En verdad, la Iglesia demuestra su fidelidad al Espíritu Santo cuando no intenta encasillarlo ni dominarlo idomesticar al Espíritu Santo! pues él es fuente de frescura, creatividad y renovación constante.

5. El mal de una falta de coordinación. Cuando los miembros pierden la conexión entre sí, el cuerpo deja de funcionar con armonía y equilibrio, transformándose en una orquesta que solo genera caos, ya que sus integrantes no colaboran ni viven bajo un espíritu de unidad y trabajo en equipo. Es como si el pie le dijera al brazo: "No eres necesario", o la mano le afirmara a la cabeza: "Yo soy la que decide", generando así conflicto y desorden.

6. También existe la enfermedad del «Alzheimer espiritual», que consiste en olvidar la «historia de la salvación», la relación personal con Dios y ese «primer amor» (Ap 2,4). Se trata de un deterioro gradual de las capacidades espirituales que, con el tiempo, genera una profunda incapacidad en la persona, dejándola inhabilitada para actuar con autonomía y sumiéndola en una dependencia absoluta de su propia perspectiva, muchas veces ilusoria. Esto se manifiesta en quienes han borrado de su memoria el encuentro con Dios; en aquellos que carecen de una visión «deuteronomica» de la existencia; en los esclavos de su presente, dominados por pasiones, caprichos y obsesiones; y en quienes levantan muros y tradiciones a su alrededor, volviéndose prisioneros de los ídolos que ellos mismos han creado.

7. El mal de la rivalidad y la vanagloria. Ocurre cuando las apariencias, los colores de las vestimentas y las condecoraciones se vuelven el centro de la existencia, dejando de lado las enseñanzas de san Pablo: «No actúen por orgullo o para llamar la atención, sino con humildad, valorando a los demás como superiores. No se en-

foquen solo en sus propios intereses, sino preocupéense también por los demás» (Flp 2,3-4). Este es el mal que nos convierte en personas falsas, llevándonos a vivir un «misticismo» y un «quietismo» hipócritas. El mismo san Pablo los llama «enemigos de la cruz de Cristo», porque su honor «reside en su propia vergüenza, y solo piensan en lo terrenal» (Flp 3,18-19).

8. El mal de la esquizofrenia existencial. Se trata de un padecimiento que surge cuando una persona lleva una doble vida, producto de la hipocresía característica de los mediocres y de un creciente vacío interior, el cual no puede ser llenado por títulos o logros académicos. Este mal suele afectar a quienes, dejando de lado su labor pastoral, se enfocan únicamente en asuntos administrativos, perdiendo así conexión con la realidad y con las personas. Como consecuencia, construyen un mundo alternativo en el que ignoran los principios que exigen a los demás y empiezan a llevar una existencia oculta, muchas veces desordenada. Frente a este grave problema, la conversión se vuelve urgente y necesaria (cf. Lc 15,11-32).

9. El mal de la cháchara, de la murmuración y del cotilleo, los rumores y los chismes. Ya he mencionado en varias ocasiones este mal, pero nunca es suficiente. Se trata de una enfermedad seria que, aunque puede empezar como una simple charla, poco a poco domina a la persona, transformándola en una "sembradora de discordia" (al igual que Satanás) y, en muchos casos, en una "asesina a sangre fría" de la reputación de sus propios compañeros y hermanos. Es el vicio de los cobardes, que, al no tener el valor de hablar de frente, lo hacen a escondidas. San Pablo nos advierte: «Actúen sin murmurar ni discutir, para que sean irreprochables y puros» (cf. Flp 2,14-18). Hermanos, icuidémonos del terrorismo de las palabras dañinas!

10. El mal de divinizar a los jefes: es un problema de quienes adulan a sus superiores con la esperanza de ganar su favor. Caen en el arribismo y el oportunismo, rindiendo culto a las personas en lugar de a Dios (cf. Mt 23,8-12). Viven su servicio pensando solo en su propio beneficio y no en el verdadero sentido de entregarse. Son individuos egoístas, desdichados y movidos únicamente por su ambición (cf. Ga 5,16-25). Este defecto también puede afectar a los superiores cuando manipulan a sus colaboradores buscando sumisión, lealtad y dependencia emocional, pero al final, solo logran una relación basada en la complicidad.

11. El mal de la indiferencia hacia los demás. Ocurre cuando las personas se centran únicamente en sí mismas, dejando de lado la autenticidad y la calidez en las relaciones humanas. Cuando quienes tienen más experiencia no ayudan a sus compañeros menos preparados. Cuando alguien posee un conocimiento y lo guarda para sí, sin compartirlo de manera constructiva. O cuando, por envidia o malicia, se regocija ante el fracaso ajeno en lugar de tenderle una mano y darle aliento.

12. El mal de la cara fúnebre. Es decir, el de aquellas personas ásperas y serias que piensan que, para demostrar formalidad, deben cubrirse el rostro de gravedad y tristeza, tratando a los demás —especialmente a quienes consideran inferiores— con frialdad, rudeza y altanería. Sin embargo, esa severidad exagerada y ese pesimismo infructuoso suelen ser señales de temor e inseguridad interior.

El apóstol debe procurar ser una persona cortés, equilibrada, optimista y jovial, capaz de llevar alegría a donde quiera que vaya. Un corazón lleno de Dios es un corazón gozoso que brilla y comparte su felicidad con quienes lo rodean: esto se percibe de inmediato. No abandonemos, entonces, ese espíritu alegre, lleno de buen humor e incluso capaz de reírse de sí mismo, que nos hace amables incluso en circunstancias adversas. ¡Cuánto beneficio aporta una dosis de humor sana! Nos ayudará recordar con frecuencia la oración de santo Tomás Moro: yo la repito cada día y me hace mucho bien.

13. El mal de acumular: ocurre cuando el apóstol intenta llenar un vacío interior acumulando posesiones materiales, no por necesidad, sino solo para sentirse seguro. Sin embargo, no podemos llevarnos nada material al morir, pues «la mortaja no tiene bolsillos», y todos nuestros tesoros terrenales —incluso si son regalos— nunca podrán saciar ese vacío; al contrario, lo harán más insaciable y profundo. A estas personas, el Señor les advierte: «Tú dices: "Soy rico, me he enriquecido, nada me falta", pero no te das cuenta de que eres un miserable, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo... Sé ferviente y arrepiéntete» (Ap 3,17-19). Acumular solo hace el camino más pesado y lo obstaculiza sin remedio.

Viene al caso una anécdota: en el pasado, los jesuitas españoles se describían como la «caballería ligera de la Iglesia». Recuerdo el traslado de un joven jesuita que, mientras cargaba en un camión sus muchas pertenencias —maletas, libros, objetos y regalos—, escuchó a un anciano jesuita,

observándolo con una sonrisa sabia, decirle: «¿Y esto se supone que es la "caballería ligera" de la Iglesia?». Nuestros traslados son un reflejo de esta enfermedad.

14. El mal de los círculos cerrados, donde la lealtad al círculo se vuelve más importante que la pertenencia a la Iglesia e, incluso en ciertos casos, que la fidelidad a Cristo. Esta dinámica, aunque inicia con buenas intenciones, termina por oprimir a sus miembros, transformándose en un mal que destruye la unidad de la comunidad y genera graves consecuencias —escándalos—, sobre todo para los más vulnerables. El peor peligro es la autodestrucción interna, esa "traición entre compañeros" que socava desde adentro. Como advierte Jesús: "Todo reino dividido contra sí mismo será arruinado" (Lc 11,17).

15. Y el último: el mal de la ganancia mundana y del exhibicionismo, cuando el apóstol convierte su servicio en una herramienta de poder, y ese poder en un producto para obtener ganancias materiales o influencia. Es el defecto de quienes buscan, sin límites, acumular poder y, para lograrlo, no dudan en mentir, difamar y desprestigiar a otros, incluso a través de los medios de comunicación. Todo para destacarse y mostrarse superiores a los demás. Este vicio también perjudica gravemente a la comunidad, pues lleva a justificar cualquier acción con tal de alcanzar sus fines, muchas veces en nombre de la justicia y la transparencia! Esto me hace recordar a un sacerdote que contactaba periodistas para contar —e incluso inventar— asuntos privados de sus compañeros y feligreses. Lo único que le importaba era aparecer en los titulares, pues así se sentía «importante y admirado», aunque causara un gran daño a los demás y a la Iglesia. ¡Pobre hombre!

Propuestas de Reforma:

- **Conversión personal:** Llamado a la humildad y al examen de conciencia.
- **Reestructuración de organismos:** Optimización de la labor curial.

Discurso de Navidad 2015: La Misericordia y la Purificación²

Un año después (21 de diciembre de 2015), el Papa profundizó en la necesidad de purificación, vinculando la reforma al Jubileo de la Misericordia.

“Invito a los responsables de los Dicasterios y a los superiores a profundizarlo, a enriquecerlo y completarlo. Es una lista que inicia desde el análisis acróstico de la palabra «misericordia» —el Padre Ricci hacía

así en China—, para que esta sea nuestra guía y nuestro faro”.

1. Misionariedad y pastoralidad. La esencia misionera es lo que da vida y fecundidad a la curia, demostrando la eficacia, la capacidad y la autenticidad de nuestras acciones. La fe es un regalo, pero su verdadera medida se refleja en nuestra habilidad para compartirla. Todo bautizado está llamado a ser misionero de la Buena Nueva, principalmente a través de su vida, su trabajo y su testimonio lleno de alegría y convicción.

La pastoralidad auténtica es una cualidad esencial, especialmente para todo sacerdote. Consiste en el esfuerzo diario por imitar al Buen Pastor, quien protege a su rebaño y entrega su vida por la salvación de los demás. Esta virtud define el alcance de nuestro trabajo sacerdotal y eclesial. Sin estos dos pilares, no podremos elevarnos ni alcanzar la dicha del "siervo fiel" (Mt 25,14-30).

2. Idoneidad y sagacidad La idoneidad requiere un esfuerzo personal para alcanzar los requisitos necesarios que permitan desempeñar las tareas de la mejor manera, combinando inteligencia e intuición. Este concepto se opone a prácticas como las recomendaciones indebidas o los sobornos. Por otro lado, la sagacidad es la agilidad mental para entender y manejar situaciones con sabiduría y creatividad.

Tanto la idoneidad como la sagacidad representan la respuesta humana a la gracia divina, siguiendo el conocido principio: "Actuar como si todo dependiera de uno, y confiar como si todo dependiera de Dios". Es la actitud del discípulo que, cada día, se encomienda al Señor con palabras como las de la Oración Universal (atribuida al Papa Clemente XI):

"Dirígeme con tu sabiduría, fortaléceme con tu justicia, consuélame con tu misericordia y protégeme con tu poder. A ti, Dios mío, dedico mis pensamientos para meditar en ti, mis palabras para glorificarte, mis acciones para cumplir tu voluntad y mis sufrimientos para ofrecerlos por amor a ti."

3. Espiritualidad y humanidad.

La espiritualidad es el fundamento esencial de todo servicio en la Iglesia y en la vida de un cristiano. Ella nutre, guía y resguarda nuestras acciones de las debilidades humanas y las tentaciones diarias. Por otro lado, la humanidad refleja la verdadera esencia de nuestra fe. Perderla significa perderlo

²https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/december/documents/papa-francesco_20151221_curia-romana.html

todo. Es lo que nos distingue de las máquinas y los robots, incapaces de sentir emociones. Si dejamos de llorar con autenticidad o reír con fervor —dos señales claras—, comenzamos a degradarnos, transformándonos de "seres humanos" en algo distinto. La humanidad se manifiesta en la capacidad de expresar ternura, cercanía y amabilidad hacia los demás (cf. Flp. 4,5). Tanto la espiritualidad como la humanidad, aunque cualidades inherentes, requieren un desarrollo constante, un esfuerzo continuo y una práctica diaria para florecer plenamente.

4. Ejemplaridad y fidelidad El beato Pablo VI, en 1963, destacó ante la Curia la importancia de vivir con ejemplaridad. Esta virtud es esencial para evitar escándalos que dañan las almas y ponen en riesgo la credibilidad del testimonio cristiano. Subrayó la necesidad de ser fieles a la consagración y a la vocación, recordando las enseñanzas de Jesús: «El que es fiel en lo mínimo, también lo es en lo grande; y el que es injusto en lo pequeño, también lo será en lo grande» (Lc 16,10). Además, advirtió sobre el grave daño de ser causa de escándalo, citando las palabras de Cristo: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello y lo arrojaran al mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Es inevitable que ocurran, pero ¡ay de aquel por quien vengan!» (Mt 18,6-7).

5. Racionalidad y amabilidad: La razón ayuda a controlar los impulsos emocionales desmedidos, mientras que la bondad evita caer en el formalismo excesivo de la burocracia, los horarios rígidos y las estructuras sobreplanificadas. Ambas cualidades son esenciales para mantener un carácter equilibrado. Como decía san Ignacio (perdón por citarlo nuevamente): «El enemigo observa si una persona tiene una conciencia flexible o sensible, y si es demasiado delicada, intenta llevarla al extremo para confundirla y destruirla». Cualquier exceso, ya sea de lógica o de amabilidad, revela una falta de equilibrio.

6. Inocuidad y determinación. La prudencia, que nos vuelve cuidadosos al emitir juicios y nos permite evitar acciones impulsivas o precipitadas, es la habilidad de extraer lo mejor de nosotros, de los demás y de cada circunstancia, actuando con conciencia y empatía. Consiste en tratar a los otros como deseamos ser tratados (cf. Mt 7,12; Lc 6,31). Por su parte, la determinación es la capacidad de obrar con firmeza de voluntad, claridad de propósito y sumisión a Dios, guiados únicamente por la suprema ley de la *salus animarum* (cf. CIC can. 1725).

7. Caridad y verdad. Dos cualidades fundamentales e indivisibles de la vida cristiana son: «actuar con verdad en el amor y practicar el amor desde la verdad» (cf. Ef 4,15). Esto es crucial, ya que el amor sin verdad se reduce a una actitud ingenua y dañina, mientras que la verdad sin amor se transforma en una obsesión fría por someter todo a juicio.

8. Honestidad y madurez. La honestidad implica actuar con integridad, congruencia y total sinceridad hacia uno mismo y hacia Dios. Una persona honesta no solo se comporta correctamente cuando es observada por alguien con autoridad; no teme ser descubierta porque nunca traiciona la confianza depositada en ella. Tampoco abusa de su poder ni de los recursos que le han sido encomendados, a diferencia del «siervo malvado» (Mt 24,48). Esta virtud es el fundamento esencial sobre el cual se construyen las demás cualidades.

Por otro lado, la madurez es el empeño por lograr un equilibrio entre nuestras capacidades físicas, emocionales y espirituales. Representa tanto el objetivo como el fruto de un proceso de crecimiento continuo, que no está ligado a la edad sino a un desarrollo constante.

9. Respetuosidad y humildad. La cortesía es un atributo de las personas nobles y refinadas, que buscan constantemente mostrar un genuino respeto hacia los demás, hacia sus responsabilidades, hacia sus superiores y subordinados, así como hacia los archivos, documentos, la confidencialidad y la prudencia. También implica saber escuchar con atención y expresarse con amabilidad.

Por otro lado, la humildad es una virtud propia de los santos y de aquellos que están profundamente unidos a Dios, pues mientras más se elevan en relevancia, más profundizan en la convicción de su pequeñez y en la dependencia de la gracia divina para todo (cf. Jn 15,8).

10. Dadivosidad —tengo el vicio de los neologismos— y atención. Cuanto más confiemos en Dios y en su providencia, más abundante será nuestra generosidad y más dispuestos estaremos a dar, sabiendo que, al compartir, también recibimos. De nada serviría abrir las puertas sagradas de todas las basílicas si nuestro corazón permanece cerrado al amor, si nuestras manos se niegan a dar, si nuestros hogares rechazan la hospitalidad y nuestras iglesias no acogen. La verdadera dedicación

implica ocuparse de los pequeños gestos, entregar lo mejor de nosotros y no descuidar nuestras debilidades y faltas. Como decía San Vicente de Paúl: «Señor, permíteme reconocer a quienes me rodean: a los afligidos, a los perdidos, a los que sufren en silencio y a los que se sienten solos sin desearlo».

11. Impavidez y prontitud. Ser impávido implica no temer ante los desafíos, al igual que Daniel en el foso de los leones o David cuando enfrentó a Goliat; es actuar con valentía y firmeza, sin vacilaciones, «como un buen soldado» (cf. 2 Tm 2,3-4); es tener la disposición de dar el primer paso con decisión, como lo hicieron Abraham y María. La prontitud, por su parte, se refiere a saber actuar con libertad y agilidad, sin aferrarse a lo material y pasajero. Como dice el salmo: «Aunque aumenten vuestros bienes, no pongáis en ellos vuestro corazón» (Sal 61,11). Estar preparados significa mantenerse siempre en movimiento, sin acumular cosas innecesarias, sin encerrarse en los propios planes ni dejarse arrastrar por la ambición.

12. Y finalmente, atendibilidad y sobriedad. El digno de confianza es aquel que cumple sus compromisos con responsabilidad y firmeza, no solo cuando hay testigos, sino también en la soledad; es quien transmite seguridad a su entorno porque jamás defrauda la fe depositada en él. La sobriedad —última virtud en esta enumeración, pero no por ello menos valiosa— consiste en prescindir de lo innecesario y oponerse a la cultura del consumo. Ser sobrio implica actuar con prudencia, sencillez, equilibrio y moderación, buscando siempre lo esencial. Es ver la realidad desde la perspectiva de Dios y de los más desfavorecidos, situándose de su lado. La sobriedad define un modo de vivir que prioriza al prójimo como eje central, convirtiendo la existencia en un acto de cuidado y servicio hacia los demás. Una persona sobria mantiene coherencia en todo, pues sabe simplificar, reutilizar, renovar y vivir con mesura.

Reformas Implementadas:

- **Creación de la Secretaría para la Economía** (2014) para mayor control fiscal.

- **Reforma del Instituto para las Obras de Religión (IOR)** – el "banco vaticano".

*Discurso de Navidad 2016: Resistencia al Cambio y Nuevos Desafíos*³

En 2016 (22 de diciembre), Francisco advirtió sobre "la resistencia a la reforma" y

los obstáculos internos.

Algunos criterios-guía de la reforma:

Son principalmente doce: individualidad; pastoralidad; misionariedad; racionalidad; funcionalidad; modernidad; sobriedad; subsidiariedad; sinodalidad; catolicidad; profesionalidad; gradualidad.

1- Individualidad (Conversión personal)

Vuelvo a destacar la relevancia de la transformación personal, ya que sin ella, cualquier modificación en las estructuras carecería de sentido. El verdadero motor de la renovación son las personas a las que se dirige y quienes la llevan a cabo. De hecho, el cambio individual sostiene y refuerza el comunitario.

Existe una profunda relación de interdependencia entre la actitud personal y la colectiva. Una sola persona puede aportar un gran bien a todo el grupo, pero también tiene el potencial de perjudicarlo y debilitarlo. Un cuerpo saludable es aquel que sabe restaurar, integrar, fortalecer, sanar y elevar a cada uno de sus miembros.

2- Pastoralidad (Conversión pastoral)

Inspirándonos en la figura del pastor (ver Ez 34,16; Jn 10,1-21) y considerando que la Curia es una comunidad al servicio de los demás, «también nos beneficia a nosotros, llamados a ser Pastores en la Iglesia, permitir que el rostro del Buen Pastor nos guíe, nos purifique, nos renueve y nos devuelva a nuestra misión con un espíritu transformado. Que en nuestros espacios de trabajo podamos fomentar y vivir un profundo sentido pastoral, especialmente hacia quienes interactúan con nosotros diariamente. Que nadie se sienta desatendido o menospreciado, sino que todos puedan experimentar, especialmente aquí, la ternura y el cuidado del Buen Pastor». No olvidemos que detrás de los documentos hay rostros y vidas.

Todo el personal de la Curia debe vivir su compromiso con una actitud pastoral y una espiritualidad centrada en el servicio y la comunión, ya que esto es el mejor remedio contra los peligros de la ambición vanidosa y la rivalidad engañosa. Al respecto, el Beato Pablo VI advirtió: «La Curia Romana no debe convertirse en una burocracia fría y arrogante —como algunos la critican erróneamente—, preocupada solo por formalismos legales y rituales, o en un espacio de ambiciones ocultas y conflictos silencio-

³https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/december/documents/papa-francesco_20161222_curia-romana.html

sos, como otros la acusan. Por el contrario, debe ser una auténtica comunidad de fe y amor, de oración y acción; un grupo de hermanos e hijos del Papa que, respetando las funciones de cada uno y trabajando en colaboración, lo ayuden en su servicio a los fieles de la Iglesia universal y a toda la humanidad».

3. Misionariedad (Cristocentrismo)

El objetivo central de todos los servicios eclesiásticos es difundir el mensaje del Evangelio hasta los rincones más alejados del mundo, tal como señala el magisterio conciliar. Esto se debe a que «algunas estructuras eclesiales pueden limitar el impulso evangelizador; del mismo modo, las estructuras adecuadas solo son eficaces cuando existe una fuerza vital que las impulsa, las sustenta y las evalúa. Sin una renovación auténtica y un verdadero espíritu evangélico, sin "la fidelidad de la Iglesia a su propia vocación", cualquier estructura nueva termina degenerando en poco tiempo».

4. Racionalidad

Partiendo del principio de que todos los Dicasterios tienen igualdad jurídica, surgió la necesidad de reorganizar los organismos de la Curia Romana para destacar que cada uno posee competencias específicas. Estas competencias deben ser respetadas y, al mismo tiempo, asignadas de manera lógica, efectiva y productiva. De acuerdo con la normativa vigente, ningún Dicasterio puede asumir las funciones de otro, y todos ellos dependen directamente del Papa.

5. Funcionalidad

La posible unión de dos o más Dicasterios que manejen temas similares o estrechamente vinculados en una sola entidad tiene un doble propósito: por una parte, busca otorgar al nuevo Dicasterio mayor importancia (incluso a nivel externo); por otra, la cercanía y colaboración entre las distintas unidades dentro de un mismo Dicasterio favorece un funcionamiento más eficiente (como ocurre con los dos nuevos Dicasterios recientemente creados). Para garantizar esta eficiencia, es necesario evaluar constantemente las funciones, la pertinencia de las competencias y las responsabilidades del personal, lo que puede implicar reubicaciones, contrataciones, ceses e incluso ascensos.

6. Modernidad (Actualización)

Se trata de la habilidad para interpretar y comprender las "señales de los tiempos". En este contexto: "actuamos con rapidez para que los Dicasterios de la Curia Romana se ajusten a las circunstancias actuales y respondan a las demandas de la Iglesia en todo el mundo". Esta fue una petición del Concilio Vaticano II: "Que los Dicasterios de la Curia Romana sean reformados de acuerdo con las exigencias actuales, adaptándose mejor a las distintas regiones y ritos, especialmente en lo que respecta a su número, denominación, funciones, métodos de trabajo y coordinación entre ellos".

7. Sobriedad

Se trata de la habilidad para interpretar y comprender las "señales de los tiempos". En este contexto: "actuamos con rapidez para que los Dicasterios de la Curia Romana se ajusten a las circunstancias actuales y respondan a las demandas de la Iglesia en todo el mundo". Esta fue una petición del Concilio Vaticano II: "Que los Dicasterios de la Curia Romana sean reformados de acuerdo con las exigencias actuales, adaptándose mejor a las distintas regiones y ritos, especialmente en lo que respecta a su número, denominación, funciones, métodos de trabajo y coordinación entre ellos".

8. Subsidiaridad

Reestructuración de las funciones específicas de los diversos Dicasterios, reasignándolas entre ellos si es necesario, para alcanzar mayor autonomía, coordinación y subsidiaridad en sus competencias, así como una mejor interconexión en el servicio.

Asimismo, es fundamental aplicar los principios de subsidiaridad y racionalidad tanto en la relación con la Secretaría de Estado como dentro de ella —entre sus distintas áreas—, de modo que, en el desempeño de sus tareas, pueda ser el apoyo más directo y eficaz del Papa. Esto también permitirá una coordinación más efectiva entre los diferentes sectores de los Dicasterios y los Departamentos de la Curia. La Secretaría de Estado cumplirá esta labor clave mediante la unidad, interdependencia y articulación de sus secciones y diversos ámbitos.

9. Sinodalidad

La labor de la Curia debe desarrollarse de manera sinodal: realizando encuentros periódicos de los responsables de los Dicasterios.

terios, presididos por el Papa; manteniendo audiencias de trabajo regulares con los líderes de cada Dicasterio; y fomentando reuniones interdicasteriales de manera habitual. La disminución en el número de Dicasterios facilitará encuentros más frecuentes y organizados entre cada Prefecto y el Pontífice, así como reuniones más efectivas entre los jefes de los Dicasterios, algo difícil de lograr cuando el grupo es demasiado numeroso.

La sinodalidad también debe aplicarse dentro de cada Dicasterio, otorgando especial relevancia al Congreso y, al menos, incrementando la frecuencia de las Sesiones ordinarias. Es fundamental evitar la fragmentación interna, que puede surgir por diversos motivos, como la multiplicación de áreas especializadas que podrían volverse autoreferenciales. La coordinación entre estos sectores debería ser responsabilidad del secretario o del subsecretario.

10. Catolicidad

Además de incluir sacerdotes y religiosos, la Curia debe representar la diversidad universal de la Iglesia incorporando personal de distintas partes del mundo, así como diáconos permanentes y laicos (hombres y mujeres), quienes deben ser seleccionados con rigor, considerando tanto su integridad espiritual y moral como sus capacidades profesionales.

Es recomendable facilitar una mayor participación de los laicos, especialmente en aquellos Dicasterios donde puedan desempeñarse con mayor eficacia que los clérigos o los consagrados. Asimismo, es fundamental reconocer y promover el papel de la mujer y de los laicos en la vida eclesial, así como su inclusión en cargos de liderazgo dentro de los dicasterios, prestando especial atención a la diversidad cultural.

11. Profesionalidad

Es fundamental que cada Departamento establezca una estrategia de capacitación continua para su equipo, con el fin de prevenir el estancamiento y el conformismo en la burocracia.

Asimismo, es crucial erradicar por completo la práctica del "*promoveatur ut amoveatur*" (ascender para remover), ya que resulta perjudicial como una enfermedad grave.

12. Gradualidad (discernimiento)

La gradualidad surge de un necesario discernimiento que conlleva un desarrollo his-

tórico, un periodo de tiempo con distintas fases, evaluaciones, ajustes, ensayos y aprobaciones provisionales. En estas situaciones, no se trata de falta de determinación, sino de la adaptabilidad requerida para alcanzar una reforma auténtica.

Avances en la Reforma:

- Constitución Apostólica *Praedicate Evangelium* (2022): Reorganización de dicasterios con enfoque misionero.
- Mayor participación de laicos y mujeres en cargos de decisión.

5. Impacto y Recepción de las Reformas

Las críticas del Papa generaron reacciones diversas:

- **Apoyo:** Sectores progresistas celebraron su valentía.
- **Resistencias:** Conservadores vieron sus palabras como un ataque a la tradición.

Logros concretos:

- Mayor fiscalización económica.
- Reducción de cargos superfluos en la Curia.

Desafíos pendientes:

- Cambio cultural profundo en la mentalidad curial.
- Transparencia en casos de abusos sexuales.

6. Conclusión: ¿Una Curia al Servicio del Evangelio?

Los mensajes de Francisco marcaron un antes y después en la historia del Vaticano. Aunque las reformas avanzan lentamente, su llamado a una "**Iglesia pobre y para los pobres**" sigue siendo un faro. La transformación requerirá tiempo, pero el camino está trazado.

Bibliografía

1. Libros y compilaciones

- Francisco, Papa (2016). Las enfermedades de la Curia y la reforma del papado. Ediciones San Pablo.
(Incluye los discursos de 2014 y 2015 con comentarios teológicos y contextuales).
- Galli, C. M. (2017). El Papa Francisco y la reforma de la Iglesia: Claves de sus discursos a la Curia Romana. Editorial Claretiana.
(Análisis sistemático de los discursos, con énfasis en la crítica a las "enfermedades curiales").
- Spadaro, A. (2018). La reforma de Francisco: El pontificado a la luz de sus discursos. Sal Terrae.
(Capítulo dedicado a los mensajes navideños y su impacto en la reforma vaticana).

2. Artículos académicos y análisis

- Martínez Díez, A. (2017). "Los diagnósticos del Papa Francisco a la Curia Romana (2014-2016): Una hermenéutica de la reforma". Revista Española de Teología, 77(2), 345-372.
(Estudio detallado de los tres discursos en clave de eclesiología y gobierno pastoral).
- Scannone, J. C. (2016). "Las 'enfermedades' de la Curia según Francisco: Un análisis desde la teología del pueblo". Stromata, 72(1-2), 87-104.
(Interpretación desde la teología argentina que influye en el pensamiento del Papa).
- Ferrari, L. (2019). "El lenguaje simbólico en los discursos navideños de Francisco a la Curia (2014-2016)". Teología y Vida, 60(1), 59-80.
(Análisis retórico y teológico de las metáforas usadas, como "las 15 enfermedades").

3. Capítulos de libros

- Borghesi, M. (2020). "La crítica profética de Francisco a la Curia". En El Papa Francisco: Revolución y tradición (pp. 145-162). Encuentro Ediciones.
(Contextualiza los discursos en el marco de su reforma administrativa y pastoral).
- Rocca, G. (2021). "Los discursos navideños de Francisco: Entre la tradición y la innovación". En El pontificado de Francisco: Rupturas y continuidades (pp. 203-220). BAC.
(Compara los mensajes con los de papas anteriores y su recepción en la Curia).

4. Fuentes primarias (discursos oficiales)

- Discurso de 2014: "Sobre las 15 enfermedades de la Curia". Texto completo en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/december/documents/papa-francesco_20141222_curia-romana.html.
- Discurso de 2015: "La misericordia como antídoto contra la rigidez". https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/december/documents/papa-francesco_20151221_curia-romana.html
- Discurso de 2016: "Reforma y conversión" https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/december/documents/papa-francesco_20161222_curia-romana.html

5. Recursos adicionales

- Centro de Estudios Católicos (CEC) (2017). Cuadernos de Análisis: Los discursos de Francisco a la Curia. Universidad Pontificia Comillas.
(Incluye contribuciones de canonistas y teólogos sobre el impacto de estos discursos).
- Revista Civiltà Cattolica (Ed. española, 2016-2017). Varios números con comentarios de autores como Antonio Spadaro sobre la recepción de los discursos.

Claves de análisis en los textos:

1. 2014: Crítica a las "15 enfermedades" de la Curia (ej. "espiritual Alzheimer").
2. 2015: Énfasis en la misericordia como criterio de reforma.
3. 2016: Llamado a la conversión personal e institucional.



Tomado de: [Unsplash.com](https://unsplash.com) // Foto de Michele Francioso en Unsplash